

Yo también soy trans *por José Luis Antonaya*

Es hora de confesarlo: Soy trans y he decidido salir del armario. Ya estoy harto del terrible conflicto que me supone representar un rol que no percibo como mío. Si dejan que tíos de pelo en pecho participen en campeonatos femeninos de natación sólo porque dicen sentirse tías, yo también exijo que se me juzgue por la forma en que me percibo y no por lo que realmente soy.

Mi síndrome es bastante más complejo que el de los maromos que compiten en el deporte femenino.

Mi problema no tiene nada que ver con el ámbito erótico-festivo. Me gustan las señoras. No todas, claro. Aunque a medida que me hago viejo, noto que mis criterios acerca de la potabilidad de las damas se vuelven mucho más elásticos y benevolentes. Pero no, el asunto no va por ahí.

La cosa es mucho más compleja:

Yo soy transcircunstancial.

Me explico: Si se admite la máxima orteguiana de "Yo soy yo y mi circunstancia" como definitoria de la identidad de un individuo, se comprenderá mejor el trauma que padezco.

Y es que mi autopercepción varía en función de la circunstancia y del momento, lo que me provoca ansiedad y frustración.

Así, por ejemplo, en el ámbito tributario, la grosera realidad es que soy uno de tantos españoles que, aunque andan con lo justo, son víctimas de la rapacidad recaudatoria de nuestro ejemplar Estado de Derecho.

Yo, sin embargo, me autopercibo como multimillonario y me parece una injusticia tremenda que no se tenga en cuenta esta circunstancia y no se me proporcionen los fondos necesarios para montar una SICAV o chollo similar para no pagar impuestos.

Otro ejemplo de mi martirio: Cuando voy a comer a un restaurante, me percibo unas veces como liberado sindical y otras como parlamentario (mi trastorno es de naturaleza fluida). En ambos casos mi padecimiento es inconmensurable cuando el camarero, insensible ante mis tribulaciones, me obliga a pagar de mi bolsillo la

consumición. Los prejuicios y estrechez de miras de algunos hosteleros carpetovetónicos les impiden ver que soy un notorio parásito presupuestívoro atrapado en el cuerpo de un contribuyente raso.

Les ahorro, amables lectores, el relato tristísimo de mis íntimas humillaciones cuando me percibo como director de cine español y no se me concede ni una mísera subvención; cuando me percibo como tertuliano televisivo y no me llevan a la tele para hablar de Rociito o del sopapo que Will Smith le dio al otro negro; cuando me percibo como arzobispo de Madrid-Alcalá y no me dejan ni decir misa... Es horrible.

Sólo espero y deseo que el Ministerio de Igualdad y Fraternidad, el de Travelos Empoderados o el que corresponda, solucione mi conflicto existencial.

Y, ya puestos, me proporcione alguna paguita cuando me percibo como mena.

